

CAPÍTULO oriental 22

la historia de la literatura uruguaya

EL PENSAMIENTO Y LA CRITICA



la historia de la
literatura uruguaya

Este fascículo ha sido preparado por el Profesor Washington Lockhart, revisación y bibliografía a cargo del Dr. Carlos Real de Azúa y adaptación por el Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

22. El pensamiento y la crítica.

Pedro Figari.

EL PENSAMIENTO Y LA CRITICA

ESQUEMA DEL SIGLO XIX

El pensamiento filosófico uruguayo no pudo ser en el siglo XIX sino una réplica servil y simplista del pensamiento europeo, o peor aún, de aquellos productos que se importaban ya totalmente elaborados. Desde 1852, con el largo magisterio universitario de Plácido Ellauri, esa difusión se volvió más docta y responsable. Pero llegó tan luego a nuestras playas la radical novedad de las teorías evolucionistas de Darwin y de Spencer: suscitó, de inmediato, en católicos y espiritualistas, una reacción que fue casi siempre más allá de lo que las teorías indicaban. No tomar posición filosófica, por ese entonces, suponía, en efecto, casi una descalificación social. Y es que, más que ideas, se defendían estatutos vigentes, prestigios al fin de cuentas materiales. Las ideas, así mediatizadas, se usaban más bien como armas arrojadizas, sirviéndose de la inercia de lo ya pensado; y a costa, por supuesto, de los problemas reales, sustituidos por lo que Julio Herrera y Obes llamara "geometrías en el espacio", para retomar contacto con la tierra sólo cuando se ponía en juego el derecho casi divino de presidir la marcha de los acontecimientos.

Desde antes de la era llamada "civilista", pensamiento y política resultaban, de ese modo, inseparables. No se discutía sino para defender posiciones en sí mismas indiscutibles. Con el Ateneo, poco antes de 1880, y luego con sus "Anales" (1881-86) y la Sociedad Universitaria, se logró sin embargo ir nucleando un grupo de hombres e ideas de más visible independencia. Y así fue que, una vez encalmados los excesos político-castrenses, tanto como los ya clásicos desbordes de los románticos, pudo irse poco a poco depositando el limo necesario para que naciera y creciera un pensamiento consciente de sus alcances y limitaciones. Pero fue recién en 1897 que se inauguró, casi diríamos oficialmente, la era de un pensamiento filosófico original, al condenar el joven concursante Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) con su trabajo sobre **La enseñanza de la Filosofía**, la perniciosa costumbre de pensar en base a ideas hechas, inflexibles y beligerantes.

EL NEO-IDEALISMO

La constante preocupación de Vaz Ferreira, expresa desde un principio, fue en efecto la de volver funcionales aquellas ideas que, años atrás, se asemejaban a islas rodeadas de pasión por todos lados. Se esmeró así por tender puentes, por volver posible, matizándolo y revitalizándolo, un pensamiento escrupuloso y fiel a esa conciencia concreta de la vida que constituía por esos años la gran novedad del pensamiento occidental.

No era por cierto tarea fácil, en una época tan confusa y contradictoria como la del comienzo de este siglo. A través de una prosperidad material aparente, mal fundada y peor distribuida, y de una clase media creciendo en número y en la gris medianía de una mentalidad positivista degradada, buscaban expresarse al-



Roberto Ibáñez, poeta, estudioso.

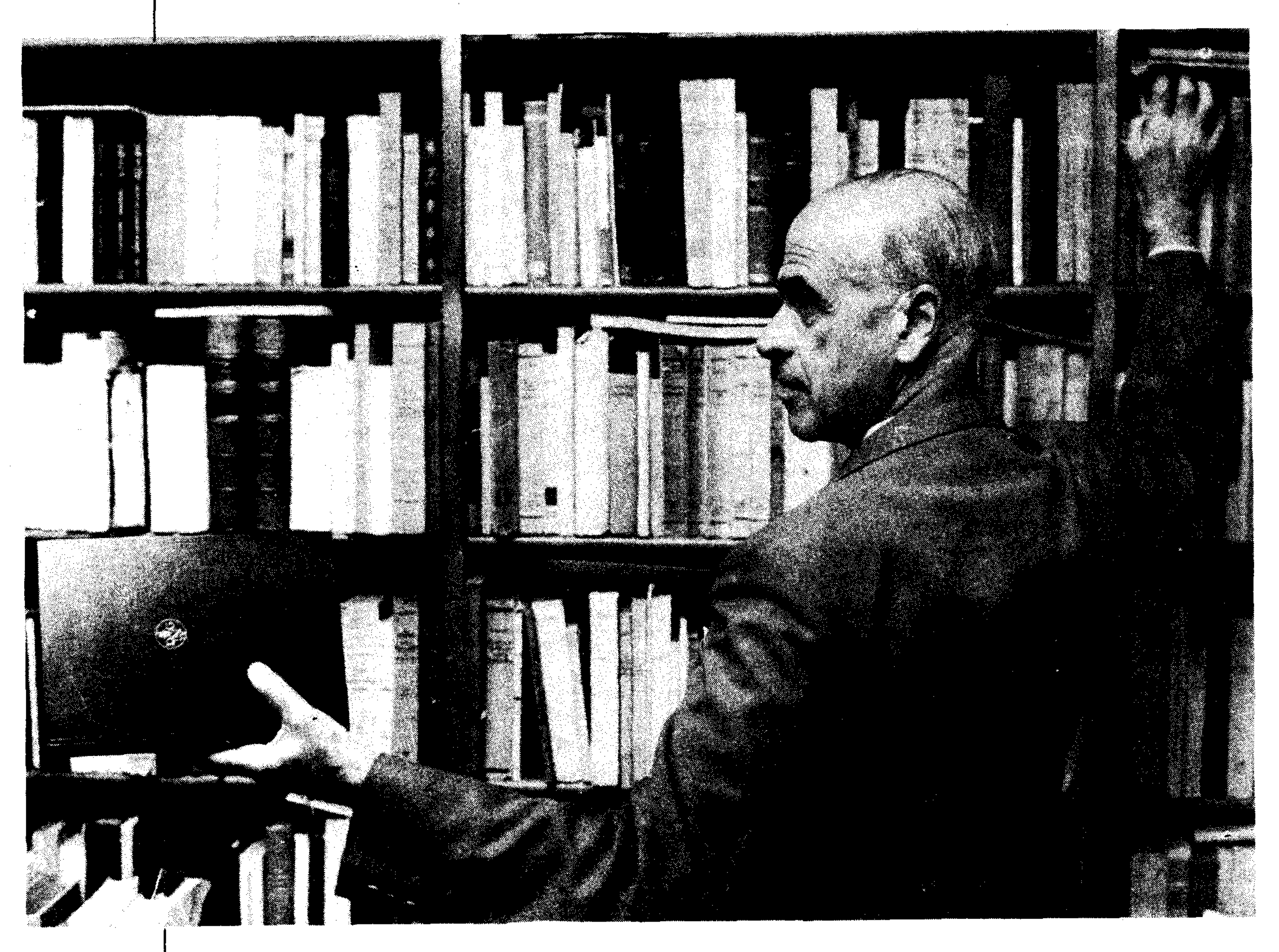
gunos espíritus inquietos o desacomodados, excitados por las entreveradas influencias del individualismo renovador o anárquico de Nietzsche, D'Annunzio, Tolstoi y Bakunin, el pesimismo de Schopenhauer y la sensibilidad decadente o modernista, el gusto por la sensación rara o refinada, de Verlaine, Mallarmé y Darío. Tal mezcla daba como resultante la imprecisa ansiedad "fin de siglo", un vacío metafísico de donde pugnaba por desprenderse un irrefrenable manantial de aspiraciones ideales, como se evidenció en aquel conjunto de artistas y creadores de calidad sin precedentes, Herrera y Reissig, Quiroga, Viana, Vasseur, Sánchez, años después Delmira y María Eugenia. Individualistas anárquicos en su mayoría, no buscaban congregarse ya en torno a algún "doctor", o en las redacciones de los diarios, como en el siglo XIX, sino en cenáculos más desligados, en cafés, centros ácratas, librerías, miradores o "consistorios", apartados asépticamente del abominado consenso general. Un segundo sector, formado por quienes no se resignaban a romper todas las amarras con su condición burguesa (De las Carreras, Vasseur, Zum Felde, Falco, etc.), preferirá el exabrupto dandy "pour épater" a sus congéneres, con actitudes más que con hechos. Y en tercer término, el sector de los individualistas de índole ya claramente burguesa, quienes, celosos de su vida privada y reacios incluso a integrar la montonera estetizante, optará por el apartamiento solitario, ya sea en el Prado, como Rodó y Vaz Ferreira, ya en su estancia, como Reyles o, como Figari, en su quinta del Camino Castro. A este último rubro, pues, el que formaban los más aburguesados entre quienes renegaban de la burguesía, pertenecían nuestros cuatro filósofos más importantes de este siglo.

Los tres sectores indicados, anárquicos, semiburgueses o burgueses, participaban todos igualmente en ese "neo-idealismo" (de ideal, no de idea) que, según lo caracterizara Rodó en página definitiva, se diferenciaba de los idealismos del siglo XIX por su "potente sentido de la relatividad", así como por su espíritu crítico y por su conciencia de los condicionamientos materiales. No se reducía ya, además, a un mero departamento de la política o de la Universidad, sino que colocaba en primer plano las exigencias propias de lo que se era y se pensaba. "Cultivad un ideal, cualquiera que sea", escribían. La mención de "lo alto", reiterada en casi todos, señalará más esas propensiones idealistas que la visión de un desenlace. En cuanto a los cuatro filósofos que destacamos, pueden todos denominarse vitalistas, pero mientras Rodó y Vaz Ferreira, influidos, el primero por Renán y

EL OPTIMISMO DE FIGARI

"(...) Nuestras filosofías metafísicas nos llenan de sombras el magín, y nuestro aturdimiento nos induce a sustentar instituciones anacrónicas, contranaturales, cuyos efectos todos tenemos que lamentar. Si se descorriera de una vez el secreto del misterio vital, que preocupa desde la más remota antigüedad, el resultado tendría que ser, sin duda alguna, de un optimismo insuperable, no sólo porque nada, hasta ahora, ninguna verdad ha sido adversa al hombre, —y no puede serlo, por cuanto la verdad y la realidad están identificadas, tanto entre sí como con nosotros—, sino también porque es una de las verdades que más nos interesa descubrir, para saber a qué debe ajustarse nuestra acción, en resumidas cuentas".

Pedro Figari — Arte, estética, ideal *(1912)*



Juan Llambías de Acevedo

Guyau, el segundo por Stuart Mill y Spencer, los dos bajo la inspiración de James y Bergson, habrán de coincidir en un vitalismo espiritualista, Figari y Reyles, en cambio, el primero influido sobre todo por Le Dantec, y el segundo por Sorel, Maurras, Nietzsche y Spengler, adoptarán una orientación materialista.

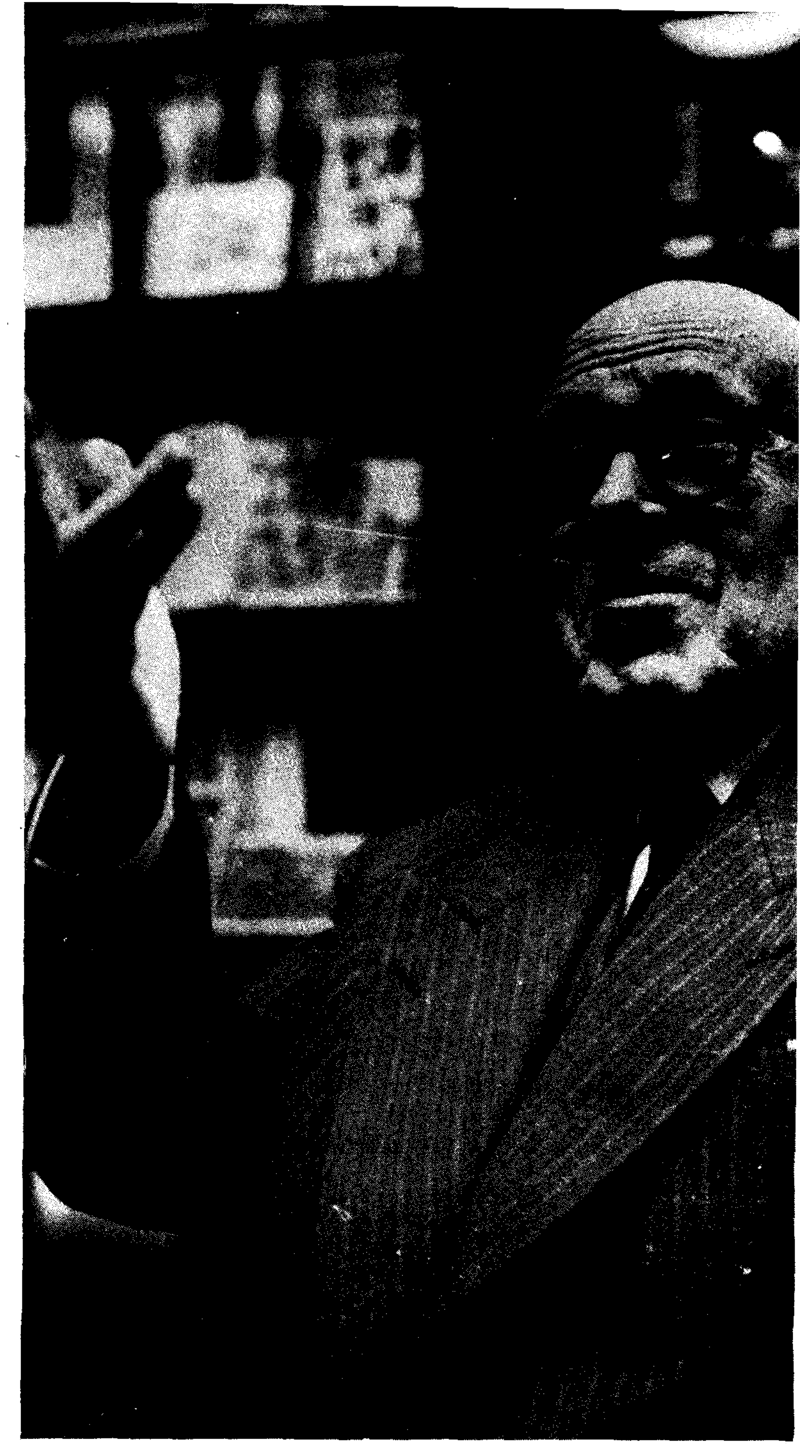
CARLOS VAZ FERREIRA

Pese a su parentesco espiritual con Rodó, la labor de Vaz Ferreira se desarrolló en forma independiente. Atento a su propio andar, desconfiado de todo producto apenas amenazaba tomar forma, fue más un pensador que un filósofo, tipo de hombre que América no podía entonces engendrar; pero pensador, no ya de ideas hechas, sino explorador de sus accesos, más preocupado por mejorar sus maneras de ignorar que sus maneras de saber, tratando de explotar las "posibilidades que encierra la incomprensión" y ese "buen escepticismo que no inhibe la acción, sino que la suaviza", modesto lubricante de nuestra insalvable imperfección. La máxima dignidad alcanzable por el hombre sería así el heroico fracaso de un "quijotismo sin ilusiones de la razón". Carlos Vaz Ferreira no renuncia expresamente, es cierto, a toda esperanza religiosa, pero sólo puede aceptarla en tanto "realidad psicológica"; "la religiosidad consiste en un psiqueo vivo —escribe— que nos atrae hacia los problemas trascendentales que accionan sobre nosotros desde más allá de la ciencia". Su pensamiento tiende así a desvincularse de ese asombro que debemos suponer en el origen de todo filosofar. Piensa, luego no es ya, ni es todavía. Ni querría ser, como él mismo dice, si ese ser tuviera como precio su pensar. Pues piensa con un pensamiento demasiado absorto en sus propias condiciones, lo que amenaza secarle las raíces de la existencia. Sus preocupaciones tienden así a desviarse de ese candente fluir que constituye el oculto incentivo de todo buen filosofar, para distraerse en una ardua acu-

mulación de andamiajes racionales. El presentimiento de una razón vital, es decir, la emoción, principalmente estética, ante la misteriosa evidencia de la existencia concreta y ante los sentimientos que forman la urdimbre cotidiana de nuestro devenir, sufrió entonces postergaciones penosamente reiteradas, producto de las crecientes exigencias de su conciencia crítica. Si sufrió tanto sus ideas, y llegó hasta a sentir la virtud liberadora de ese sufrimiento, fue así porque, solicitado con hondo apremio por esa vida concreta a la que nunca se resignara a desoír, no logró rescatarla con un pensamiento al que tampoco podía renunciar. Su actitud, desgarrada por ese doble compromiso con la vida y con la razón, por una fidelidad de tal modo desdoblada, tenía que aparecer así teñida de sentimiento y de pasión, desde que sólo podía aspirar a recuperar mediante el sueño toda esa parte esencial de la existencia que no se sometía al pensamiento. Sólo el ensueño, un "vivir más" que no era capaz de especificar, podía salvar el abismo abierto entre su experiencia vital y su manera de conceptualizarla. No le quedó otro recurso entonces que delimitar su tendencia idealizadora dentro de motivos inmediatos. La realidad se le convirtió en un buen pretexto para soñarla, única manera de paliar su nostalgia vital, de satisfacer su sed de existir y su necesidad de meditar la existencia al mismo tiempo. Y de ahí el estilo peculiar de su especulación, donde el rigor racional aparece traspasado de sentimiento, ese apelar más al "buen sentido", a la comprensión simpática, que al mero asentimiento intelectual; y que no pudiera pensar sino conversando, o como si conversara, expresión integral de un hombre que, más que con razones, argumenta con devociones.

SU IMPOSIBLE SALVATAJE

Su pensamiento, en efecto, no podía menos que estremecerse ante el vislumbre de su penuria incurable. Estaba siempre a punto de reconocer que ese pensamiento, en el último fondo, no servía para nada. Pero como no podía renunciar a sus exigencias, le quedaba el recurso de aplicarlo a problemas restringidos, pues podía allí satisfacer los reclamos de su conciencia de existente, sin menoscabo de un pensamiento que, renunciando a las máximas empresas, podía entonces dar razón de sus razones. Sistemas de enseñanza, parques escolares, institutos de estudios superiores, eran así ocasiones en las que poder ocupar un pensamiento minado por la angustia de su inadecuación vital. "Nadie con seguridad ha sufrido tanto como yo por sus ideas", proclama. Y es que le asignaba a las ideas la misión excesiva



Emilio Frugoni en la actualidad.

RODO DEFINE EL NEO - IDEALISMO

"(. . .) Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquélla que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, más adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda".

José Enrique Rodó. —
El mirador de Próspero (1909).

de rescatar su vida. Si sufría, no era así por sus ideas en cuanto tales. Al contrario. Él mismo nos lo aclara: "lo intelectual ha sido siempre secundario para mí". Y no es por mera coquetería de "viviente" que lo dice, sino que detrás de la deliberada paciencia con que su pensamiento busca apuntalar la pasión que lo promueve, alienta un sentimiento vivo —esa "llama" a la que tanto alude— de su peripecia concreta. Educar fue así para Vaz Ferreira "fervor", hacer bien; pero por sobre todo "impedir el mal", patética confesión de un Quijote a la defensiva, que no quiere tanto que sus ideas venzan, cuanto que su vida no resulte vencida. Desdeñando por consiguiente todo arranque genial, toda generalización audaz, todo elevarse demasiado por encima de su sensibilidad. "Quieren hacerme pasar por un águila —le decía a un amigo— y no soy más que una gallinita". Porque, es cierto, quería actuar, hacer historia; pero, en el fondo, para preservar solamente aquello que no suele pasar a la historia, esa vigencia inefable de cada existencia singular, esa especie de música o melodía que todos llevamos dentro, inexpresada, misteriosa, y que sentía amenazada por la inminencia irrazonable de la muerte. Su afán esencial —desmedido afán, en verdad— no podía por lo tanto ser otro que el de inmortalizar esa vida interior tan absurdamente amenazada; su tragedia, "morir con tantas cosas adentro". Así como no soportaba que en su jardín se cortase o podase planta alguna, acogía también y daba audiencia a todas las ideas, a todas compulsaba y mantenía, por lo menos para "tenerlas en cuenta" cuando llegara la ocasión. "¡Qué grandeza la del que siente todos esos ideales!"



Luis Gil Salguero.

Concibe al hombre superior como un titán de saber y sentir acumulable, cuantitativo, que "aunque no tiene cada sentimiento en el grado superior, los tiene todos". Nada "en lugar de nada, sino además de todo"; tal es su lema. "La aventura humana es un conjunto de aventuras emprendidas todas juntas". "Todo eso, ¡junto!", he ahí su obsesión, su conservadorismo, diríamos casi su avaricia ideológica, una sed insaciable de infinito actual, remedo intelectual de la riqueza infinita de la vida. Su aparente mesura, sus minuciosos recuentos, sus infatigables precauciones, no eran sino la afanosa vigilancia de quien teme dejar escapar algo de tan múltiple y fugaz riqueza. No podía aceptar otra verdad que aquella en que se conjugaran "todas" las ideas; "todas". De ahí su horror a la simetría, al esquema, a todo expediente que obligara a sacrificar algunas en beneficio de otras. Y no tanto por lo que cada idea podía aportar racionalmente, sino por la vida que entonces se amenazaba mutilar.

SU LÓGICA VIVA

Se explica así la intensidad con que sufría el drama tremendo de la incomunicación entre los hombres. Su "lógica viva", en el fondo, no es otra cosa que el intento de establecer un sistema fiel de vertederos que permitan trasegar todas esas experiencias, todas, de un alma a otra; poder convencer, discutir, entre tanta dureza mental, entre tanta exigencia meramente verbal como las que adulteran comúnmente nuestro comercio con los hombres y las cosas. Vaz Ferreira sabe que esa tarea es infinita, pero se empecina en un inderogable optimismo ("Pensamos más cosas y pensamos mejor"; las falacias verbo-ideológicas —sostiene— van siendo progresivamente eliminadas), aunque nadie haya vuelto de aquéllos que se han aventurado fuera del témpano, medianamente sólido, en el que cree que nos asentamos. Optimismo trágico, condenado a la inquietud devoradora de quien desconfía perpetuamente de sus propios hallazgos, que los corrige una y otra vez, incansablemente, que vuelve sobre sus pasos, que examina sus propias huellas, y eso durante veinte, durante treinta, durante cincuenta años; inquietud disimulada tras la serena máscara de una decisión inquebrantable, de un pensamiento que fluye trabajoso y fluido a la vez, buscando preservar a toda costa su libertad interior, escapando a nuestra insidiosa tendencia a sustituirnos por una posición, por una presuposición, sabiendo que toda verdad es verdad en cierto grado y hasta cierto punto y con referencia a algo, que el pensamiento está condenado a rehacerse de continuo, renunciando a falaces sosiegos, haciendo de cada hallazgo una etapa hacia nuevas investigaciones, en un peregrinaje infinito de una razón esencialmente relativa. Porque Vaz Ferreira había perdido contacto con el ser, y era demasiado honrado y sufría demasiado su enajenación como para permitirse el sosiego de una solución intelectual definitiva. Ese fue tal vez su mayor milagro: divorciado intelectualmente de la evidencia de su vida (y de su muerte) no se hizo una sola trampa, no permitió a la razón que domesticara a la esperanza.

SU MÁS DEFENDIDA CONFIANZA

Lejos de renunciar a su heroica fe, se decide entonces, casi desesperadamente, a interiorizar sus objetivos: "el estado psicológico verdadero —proclama en consecuencia— vale más que la creencia lógica verdadera; lo importante no es así la certidumbre racional, sino ese asentimiento íntimo, esa especie de gracia que nos inclina, con todo el peso de nuestra personalidad, hacia una actitud determinada. Conmovedora contradicción, ésa que Vaz Ferreira, lejos de disimular, coloca casi desafiante sobre las ruinas de sus más cultivadas esperanzas. Su preocupación final es querer descifrar esa voz interior en la que el hombre real pronuncia su palabra verdadera, y es entonces cuando el pensador afirma su fe más coherente, su confianza —ciega de tanto haber mirado en vano— en las soluciones de piedad y libertad. Confianza en que el hombre, libre, íntimamente libre, será capaz de reencontrarse a sí mismo, de recuperar su inocencia mancillada, su sentido sagrado de la realidad y de su situación entre las cosas, pasando para ello por el mundo como esos Cristos oscuros de quienes habla y a los cuales él mismo tanto se parece, Cristos que no pasan a la historia porque se dan a todos los ideales y los sufren todos en su conciencia dolorida. Más predicador que filósofo, Vaz Ferreira no podía por lo tanto explicarlo a sus discípulos; sólo podía decirles y repetirles que tuviesen confianza en las "soluciones de piedad", que tuviesen fe. No podía decir más y, en verdad, con eso decía todo lo que tenía que decir. Esa fue, después de todo, su mayor sabiduría: decir finalmente todo y nada más que lo que podía y tenía que decir. Darle por fin la palabra a su más profunda conciencia de la vida.

En su ímproba labor a ras de tierra, quiso Vaz Ferreira adelantar camino, paso a paso, junto con los que lo rodeaban. Si se entregó a su "fervor de educar", fue aquejado así por la necesidad de ir elaborando un consenso que sirviera, en este páramo que era el Uruguay, de base común. Su fracaso, en esta imposible



Raúl Montero Bustamante.

tarea de socializar su empeño, pudo medirse con la media docena de oyentes que, en sus últimos años, asistían a sus conferencias. Su pensamiento se había transfundido ya, sin embargo, en grado imponderable, al más usual modo uruguayo de reflexionar. Discípulos fervorosos, como Gil Salguero, Benvenuto, Mones, los Paladino, Oribe, se adscribirán de modos diversos a su actitud espiritual. Pero esa influencia se advierte sobre todo en el tono especial que inculcó en los hábitos mentales de muchos. Las falacias y paralogismos son temas recurrentes. Aunque sus ideas, en especial las políticas, fueran combatidas —por Ceruti Crosa (1899-1947) y Jesualdo (1905), marxistas, y por el católico Antonio Castro—, fue un maestro de minorías, las que a su vez propagaron su espíritu dentro de círculos más amplios. Fue así un predicador; luchó contra la soledad, cuyo frío sentía. No pasó en vano, y está incorporado, como Rodó, a nuestra historia, no sólo como monumento venerable, sino como foco de permanente irradiación espiritual.

UN METAFÍSICO: PEDRO FIGARI

En 1912 aparecía en Montevideo un libro de 600 páginas, **Arte, estética e ideal**, del Dr. Pedro Figari (1861-1938), abogado de fama, Director de la Enseñanza Industrial, ex-

REYLES CONTRA EL IDEALISMO DE ARIEL

"La renuncia del Espíritu como lazarillo de la vida es inminente. La humanidad ha perdido la confianza en su Mentor. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta a los ojos más cándidos como una vejiga desinflada. Perdida la fe y llenos de incertidumbre los mismos pueblos que adoraron de rodillas a la razón razonante se alejan de ella y se pierden en las sombras del escepticismo, sin volver la cabeza ni oír el tan tan lejano de las campanas espirituales repicando en los templos desiertos. Francia, Italia, España, Portugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido la idea al hecho, la palabra al acto, la razón mística a la razón física, para no reconocer en secreto que el lírico bagaje de ayer es hoy una pesada impedimenta. No sólo no incita a obrar, sino que impide obrar. El pasado les pertenece, pero no el futuro si no arrojan lejos de sí el muerto laurel y se coronan de frescos pámpanos para merecer de nuevo los favores de la Vida. Ante ésta, por no haber reconocido todavía que la Fuerza es el elemento divino del universo, como el Oro es el elemento divino de las sociedades, prorrumpen aquellas naciones en el profundo yo pequé en que terminar suelen las agitaciones de los delicados y los idealistas, cuando son sinceros y clarovidentes como Renán.

(...) «El reino del ideal ha concluido, todo lo que no se convierte en una fuerza se juzga quimérico» dice Próspero. Y un ultrarrenanista, que es al mismo tiempo un profesor de lirismo y un puro utilitario, agrega con su ironía habitual: «Cuando Tigrano me decía que fuerza debe ceder al espíritu, yo le dejaba entrever, sin insistir demasiado, que desconfiaba mucho de un espíritu que después de tantos siglos no se había convertido en la fuerza»".

Carlos Reyles —
La muerte del cisne *(1910).*

legislador. El libro pasó inadvertido. Fue sin embargo uno de los cuatro libros más importantes —según juzga Arturo Ardao— de nuestra filosofía de la vida, aparecidos todos —rara coincidencia— entre 1909 y 1912. Fueron los otros **Motivos de Proteo** (1909), de Rodó; **Lógica viva** (1910), de Vaz Ferreira, y **La muerte del cisne** (1912), de Reyles. Años después, en la década del 20, Figari nos sorprendía con su talento de pintor. Pero lo que no podía esperarse ya, fue la fama de filósofo que nos llegó de Europa, en donde la reedición en 1920 de su obra provocó críticas laudatorias de Henri Delacroix y luego de Desiré Roustan y Ortega y Gasset. En nuestro país, trabajos de Emilio Oribe, y más tarde de Rama, Ardao y Claps, hicieron tardía justicia a esta obra de Figari. Bajo su título, sustituido en 1926 por el de **Essai de philosophie biologique**, se disimula una construcción sistemática completa. De cepa spenceriana, la concepción materialista de Figari aparece influida por Le Dantec, sin compartir empero su reducción mecanicista de la vida y la conciencia. Cabe por eso llamarle más adecuadamente biologismo, pues es la vida la que explica todo, incluso la materia. Lejos de ser, como en Bergson, un residuo de la vida, la materia sería el substracto de una evolución que la conduce a la vida orgánica y a la conciencia. A través de la noción de individualidad —otra de sus notas originales— la vida desciende de nuevo a la materia, en donde se concreta "de igual modo que la forma concreta la sustancia". Todo es vida, incluso lo físico-químico, explicable por esa vida infusa, y no al revés. Figari desarrolla sus planteos de modo vivaz y matizado, lejos del dogmatismo de Le Dantec, así como —según su expresión— de todo "metafisicismo". Cabe sin embargo llamarle, con Claps, "el primer metafísico uruguayo", aunque deba lamentarse que su obra haya quedado tan desconectada de nuestra tradición filosófica. Corresponde además destacar el valor premonitorio de su pensamiento estético, cuyo paralelismo con el de Dewey, a quien precedió, señalara Ardao. Arte y ciencia aparecen como manifestaciones afines de un mismo proceso de adaptación al ambiente, eliminando así el abismo que suele establecerse entre la natu-



Durante una conferencia de Unesco en Nueva Delhi, Emilio Oribe saluda al Pandit Nehru.

FIGARI REFUTA A REYLES

"El oro, por ejemplo, tan aclamado y codiciado, está muy distante de ser un maravilloso agente de progreso y de prosperidad. ¿Qué es el oro, en resumen? Un recurso; como el acero, como el músculo, como la pólvora, que tanto pueden servir para una obra generosa como para una infamia. Así como el músculo se aplica a extraer útilmente de la tierra sus tesoros, con igual facilidad clava un puñal por la espalda. Fuera de la idea a que se aplica, y la propia idea fuera de la racionalidad, son valores arbitrarios

"Son las ideas, pues, las ideas encaminadas en el conocimiento, *las grandes palan-*





Llambias de Acevedo por Mingo.

cas, los grandes propulsores del progreso. Basta un descubrimiento, una comprobación científica, para que el oro, el músculo, el acero, la idea, todo se ponga a su merced, como un esclavo. El raciocinio es el agente, lo demás le rinde vasallaje como brazo ejecutor, en el mejor de los casos. Merced al raciocinio es que la fuerza, la propia fuerza, se ha sometido. Los estados modernos, cargados de máquinas de matanza, quedan inmovilizados como Hércules sudorosos, bajo el peso de sus propias armas y corazas, tan agobiados por el esfuerzo que hacen para conservar su enlucido, cuanto por el que hacen para no herir. El armamento es hoy más bien una razón diplomática que un recurso de acción, fuera de los simulacros y de las empresas fáciles de dominio, realizadas por una "entente", como si fuera un episodio en maniobras. Esos enormes leones de hirsuta melena se muestran los colmillos y las garras, y rugen, mas difícilmente se lanzan ya a un cuerpo a cuerpo mortal. Eso es obra del raciocinio. Esta va, paso a paso, indefectiblemente, realizando su obra de equidad, que es sabiduría".

Pedro Figari. —
Arte, estética, ideal (1912).



Carlos Vaz Ferreira.

PARA BUSCAR LA VERDAD

"Para buscar la verdad, unos, los más, recomiendan ponerse entre las tesis contrarias, buscando entre ellas un "justo medio". Y alguien recomienda lo opuesto: tomar de las dos teorías la más verdadera, y extremarla todavía, hasta hacerla coincidir del todo con la verdad.

"Falso todo eso: La verdad se ha de buscar directamente, y con independencia de las teorías; y, en cuanto a su relación con éstas, pueden ocurrir tres casos:

"A veces, queda entre dos tesis ya sostenidas; otras veces, (cuando no coincide con alguna de ellas) puede ocurrir que extreme alguna; y otras veces todavía, y es el caso más interesante y el que quedaba afuera, otras veces todavía resulta que no había sido formulada.

"Lo único es que en muchos casos (sin duda frecuentes) el primero: el de buscar el "justo medio", es un eficaz procedimiento empírico de tantear la verdad.

"Pero nada más que eso".

Carlos Vaz Ferreira. —
Fermentario (1935).

raleza y la cultura. El arte y la ciencia, como toda la realidad, se explican por razones biológicas. No corresponde distinguir así un arte bello de un arte útil, pues se trata en todos los casos de satisfacer nuestras necesidades. Pintor, literato, maestro, filósofo, todas las actividades de Figari son aspectos coherentes de una misma actitud, de su impar "aventura espiritual", como la llamara Angel Rama. A diferencia del primer Reyles, su moral biológica culmina en la solidaridad, y no en el dominio del más fuerte. Su pensamiento es robusto y optimista, pleno de vigor y fe. Pero sigue siendo virtualmente un pensador desconocido entre nosotros.

LAS DETONANCIAS MAGNÍFICAS DE REYLES

Dentro de la corriente de pensamiento vitalista, en la que Rodó y Vaz Ferreira fueron representantes del espiritualismo, Carlos Reyles (1868-1938), conjuntamente con Figari, sigue las tendencias del materialismo. Más concocido como novelista, merece también destacarse por el vigor y riqueza de recursos con que sostuvo lo que puede denominarse materialismo energetista, reacción casi resentida contra el idealismo de **Ariel**, alegato apasionado con el que reivindica los fueros de las potencias elementales de la vida. Extrae de Maurras, Sorel y Guyau, y luego de Nietzsche y Spengler, un cúmulo no bien estructurado, aunque sí muy bien condimentado, de ideas altisonantes. Incurre de ese modo en un fabuloso sincretismo, movido por un ansia de ratificación universal contra la mistificación idealista y su moral exangüe. Exalta la fuerza por sobre todas las cosas, y si postula finalmente el amor, es por la vía del egoísmo. Bajo la mirada de Zeus, Cristo debe así transar con Mammón. Aunque niega todo idealismo, el suyo lo es, y hasta delirante, pues lo que vino a impugnar no es en realidad el idealismo, sino la presunta ñoñez de que se padecía. Culmina en visión arrebatadora, de vida triunfal, de "unicidad, universalidad, comunión, poderío infinito, sabiduría y riquezas maravillosas". Al volver al Uruguay en el 30, quiso conmover lo que consideró nuestra tranquilidad suicida, ciega para la crisis que angustiaba al mundo occidental. Desvanecida por ese entonces su fortuna, creyó oportuno rehabilitar el motivo espiritual, por lo que exalta el valor de "la ilusión vital" como vía de superación. Enmienda así la plana a Nietzsche, haciendo derivar de la "voluntad de dominio" una "voluntad de conciencia" que no habría visto el pensador alemán. El egoísmo y la lucha que postulara años atrás, se convierten ahora en libertad, justicia y amor. Si bien ser es siempre luchar, ya no lo es contra todo, sino, al fin, por una armonía verdadera. Su pensamiento es pujante, a veces contradictorio, y si no logró mayor predicamento, es por haber sido bloqueado entre un espiritualismo liberal que no podía admitir sus desplantes, y un materialismo dialéctico al cual Reyles acogiera después de amputarle la dialéctica, al saltearse la etapa final que arrasaría con la clase de los poderosos. Murió, notable coincidencia, el mismo día que Figari, el 24 de julio de 1938. Dejó como principales obras filosóficas **La muerte del cisne** (1910), **Diálogos olímpicos** (1918) y **Panorama del mundo actual** (1932). Fue, después de todo, un idealista, capaz de aconsejar: "Charrúa: sigue disparando tus flechas a lo alto". Pero su individualismo aristocrático y desdeñoso resultó inaceptable en esos años en que el liberalismo se exacerbaba ante las chocantes heterodoxias de la dictadura de Terra.

DISCÍPULOS Y NEGADORES

Si bien no señalables ya, como en el siglo anterior, por la inverecundia de sus tomas de posición, otros pensadores merecen aquí mención por la profundidad y responsabilidad de sus planteos. Entre los discípulos de Vaz Ferreira, Luis Gil Salguero (1899), fino y estremecido pensador, de reflexión casi siempre aforística, unciosa y delicadamente atento a la infinita riqueza de lo posible, sumergido en cavilaciones que nos llegan con admirable pulcritud, respetuoso ante ese trasfondo misterioso al que alude con lírica, casi religiosa discreción. Y Carlos Benvenuto (1899), de estilo más apasionado, cultor de un sensibilísimo y abierto humanismo, cuidadoso por evitar toda parcialización del hombre, rechazando denodadamente toda construcción sistemática, así como las extralimitaciones del economismo. Como Gil, como Oribe, como tantos uruguayos, rehuye enrolarse en una lógica descarnada, ejemplo de esa constante nacional, la corazonada, el golpe de intuición, la improvisación aparente, evidente hasta cuando, en Torres, Oribe, Figari, Reyles, parezcan perseguirse totalidades sistemáticas. Benvenuto se mantiene dentro de una concepción personalista, trascendental, de una democracia que postula como el estatuto ideal, aunque la sepa llena de traidores y rodeada de tergiversadores. Otros nombres: Antonio Grompone (1893-1965) y Emilio Zum Felde (1877-1951), sobre todo por sus ensayos pedagógicos, José P. Massera (1866-1942) y Arístides L. Delle Piane (1881-1950), de obra reducida pero seria.

Emilio Oribe (1893), autor de **Poética y plástica** (1930), **Teoría del Nous** (1934) y **El mito y el logos** (1945), ejemplo de una

VAZ FERREIRA ENJUICIA A SUS PREDECESORES

"La enseñanza de la filosofía suscita en nuestro país, a mi juicio, una cuestión de vital interés: yo creo que el profesor de esta asignatura tiene hoy, y tendrá por varios años, una importantísima misión que procuraré hacer comprender con un ligero estudio del estado de los conocimientos y de la enseñanza filosófica entre nosotros.

"Es aquí creencia general, por lo menos entre los que no han profundizado algo los estudios filosóficos que existen en Filosofía (y por Filosofía se entiende no sólo la Metafísica, sino también las ciencias que comúnmente se estudian con ella) tres grandes escuelas, llamadas espiritualismo, materialismo y positivismo. [Esta clasificación] ha producido la intolerancia y el exclusivismo, al presentar a la Filosofía dividida en un número fijo y limitado de teorías opuestas e inconciliables. (...) Búsquense en las revistas de hace algunos años esas discusiones filosóficas que se recuerdan a la juventud como ejemplos de amor a la ciencia y de actividad intelectual, y que lo serían mejor todavía de parcialidad dogmática, de falta de simpatía por las opiniones adversas y de exclusivismo hostil e intolerante. Permitidme que no lo elogie".

Carlos Vaz Ferreira —
La enseñanza de la Filosofía (1897)



Viajeros: Clemente Estable, Emilio Oribe.

actitud filosófica única, merece un comentario aparte. A través de sus obras pone de manifiesto, en efecto, una arraigadísima creencia en la eminente positividad del Nous de Anaxágoras, magna surgente o canon trascendental de donde emanan las altas primacías de la idea. Si usa de preferencia el aforismo es porque le sirve de adecuado molde, como su poesía, solemne y razonante, para reflejar ese descendimiento casi astral, irreductible a las bastardías de lo terrestre, a "lo instantáneo, mágico, sensorial y descriptivo", a las turbiedades de la vida y la experiencia. Habitante de un ámbito casi irrespirable por su limpidez, busca tras las cosas, con esfuerzo que sólo quiere ser inteligente, los símbolos señeros, la clave de una matemática esencial. Pensamiento, el de Oribe, de infrecuente calidad, en un tono depurado que puede parecer altanería. Entre los que Ardao denomina "filósofos de las ideas", sólo resulta precedido por Fernando Beltramo, cuyos estudios fueron publicados, con mucho retraso, en 1937, revelándose como un fino discípulo de Croce y de Gentile, con influencias visibles de Bergson y de Husserl.

Aunque escapan parcialmente a la índole de esta reseña, no puede omitirse aquí a dos figuras hondamente inscriptas en nuestra tradición cultural: Clemente Estable (1894), especialista en temas de ciencia y pedagogía, quien cultiva con calidez y hondura un humanismo de raíz vaz ferreiriana; y en el terreno social, Emilio Frugoni (1880), socialista liberal, escuchado por muchos aunque seguido por pocos, cultor de un socialismo injertado de idealizaciones, más sentimental que científico. Menos visibles, pero destacables como represen-



Emilio Frugoni con Kalinin.

tantes del pensamiento católico, Legrand, Juan F. Salaberry y Antonio Castro. Ya más actuales, Alejandro C. Arias, Roberto Fabregat Cúneo y Juan Llambías de Azevedo, pensador riguroso, clásico, de los primeros en estudiar la filosofía alemana. Y fue en 1934 que regresó al país Joaquín Torres García (1874-1949), con su fervor proselitista, su prédica del constructivismo y su metafísica agresiva, erizada de réplicas tajantes. Creyente en un orden cósmico regido por reglas y proporciones numéricas, ante su idealismo de alto vuelo el hombre queda reducido a un mero reconocedor de la superplatónica vigencia de una estructura universal. Quiso, como Figari, redescubrir una promisoria virginidad en el hombre americano. Introdujo, con su intemperancia y la calidez de su tono, una nota fuerte, importante; pudo desvanecer así rancios prejuicios, pero sectarizó a muchos seguidores, para quienes sus enseñanzas degeneraron a menudo en receta esterilizante.

LA CRÍTICA LITERARIA: ZUM FELDE

Mal podía haber crítica en el siglo XIX, cuando apenas si existía una literatura. Sin embargo, las obras de Andrés Lamas, y las de Luis Melián Lafinur, Francisco Bauzá y Luis Destéffanis, son dignas ya de señalarse. El prolífico Víctor Pérez Petit (1871-1947), desde 1890, se constituyó en el introductor del realismo en la novela, y luego del modernismo, de Ibsen, Nietzsche, Tolstoi, Verlaine y D'Annunzio, con sus tesituras y actitudes revolucionarias. Fernández y Medina decía que practicaba una "crítica más desenfadada y agresiva que culta y aguda". De más extendida influencia fue Samuel Blixen (1867-1909), cronista ameno y entrador, con atisbos novedosos sobre la novela del naturalismo. César Miranda ("Pablo de Grecia" 1884-1962) fue el "crítico de sostén" del modernismo.

Los ensayos de Rodó sobre Gutiérrez, Darío y Montalvo alcanzaron un nivel de seriedad sin precedentes, pero sólo fueron momentos aislados de su labor creadora. Más pretenciosa fue la **Historia crítica de la literatura uruguaya** (1912-16) de Carlos Roxlo (1861-1926), cuyo prestigio de poeta romántico era equiparable al de Zorrilla. Obra profusa y "gárrula", descoyuntada y arbitraria, agravada por digresiones incongruentes y un estilo hinchado y adornado, significó un esfuerzo que sin em-

Zum Felde, ensayista y crítico.



ZUM FELDE ANTE ARIEL

"Tiene con frecuencia, el discurso de Próspero en Ariel, algo de aquella severidad del alma estoica que iluminó de un frío resplandor el fin del mundo antiguo; pero, jamás el calor vital y animador de una gran fe, de un gran ideal, de una gran esperanza. Un creer sin creer, un esperar sin esperar, un marchar sin rumbo: todos los caminos de Ariel terminan perdiéndose en la nada. Su fe, su esperanza, su esfuerzo, son como la eterna y vana ilusión de la novia aquella de Guyau —símbolo que también emplea Rodó, en su libro— vistiendo todos los días su traje de desposada, en la espera del prometido que no llega jamás ni se sabe si existe. Género de estoicismo idealista, sería en todo caso, vacío y desolado en el fondo, como todo estoicismo; tanto más vacío y desolado, cuanto que, ni siquiera supone, como el antiguo, la existencia del Alma".

Alberto Zum Felde. —
Proceso intelectual del Uruguay *(1930).*

bargo no dejó de aprovechar en parte Alberto Zum Felde (1888) en su **Crítica de la literatura uruguaya**" (1921) y en su **Proceso intelectual del Uruguay** (1930). Cronista temido de "El Día" y "El Ideal", fue, como Petit, un crítico de línea dura, el iracundo de la hora, cuya obra posteriormente se atemperará, hasta los años recientes, sin perder empero su manera en ocasiones autoritaria y tajante. El **Proceso** supuso un esfuerzo considerable y un aporte valioso. Fue el primer intento serio de organizar un panorama, sin que haya perdido vigencia en casi ninguno de sus aspectos. La penetración a veces insuperable de sus juicios, la adecuación y contundencia con que acierta a caracterizar muchos de los autores y tendencias, convierten su obra en imprescindible texto de consulta. Enfrenta las obras con denuedo, con los mismos arrestos de su juventud bohemia y **dandy**, no se limita a glosar o reseñar, ni se entretiene en el elogio de ocasión. Supo destacar los autores y valores eminentes, con una metodología que oscila entre actitudes no bien definidas, con una manera desenfadada de interponerse entre autor y lector, con una tendencia a veces descolocada a la generalización y la abstracción, en síntesis que pretenden sorprendernos y desanimar toda posible réplica, e incurriendo a veces, además, en inseguridad documental. No deja de ser Zum Felde, sin embargo, por la agudeza de su intuición y por la brillantez con que logró establecer por primera vez las líneas fundamentales de nuestro desarrollo histórico y literario, nuestro primer crítico, tanto en el tiempo como por su importancia.

LOS CRÍTICOS DEL 18

La llamada "generación del 18" contó con críticos que, si tuvieron algún defecto, fue tal vez el de su extremada corrección, un respeto caballeresco que entibiaba los juicios y deslucía la lectura. Época de conciliación y unidad sentimental, ajena a las conmociones que hacían trastabillar las bases espirituales de Europa, los intelectuales y la clase media comulgaban en un sentimiento de autocomplacencia. A nadie se le ocurría cuestionar, a fondo, nada. Gustavo Gallinal (1889-1951), autor de libros de crítica en 1920 y 1928, heredero convicto del arielismo, fue también de estilo rodoniano, aunque su frase pulcra y de ritmo seguro se animaba a menudo en medidas pero vivificantes efusiones. De un liberalismo de matiz católico, digno y sereno, mantiene los temas a prudencial distancia, con elegante y casi monacal condescendencia. Romántico bien educado (llegó así a reprocharle a Vaz Ferreira falta de "galas" en su

prosa), compartía el desprevenido optimismo de la época acerca del porvenir de la "Suiza de América". Parecida compostura ostentó Alberto Lasplaces (1887-1950), cronista y autor de libros que tenían más de amable glosa que de crítica. Pero quien se distinguió por un gesto aprobatorio casi indeclinable fue Raúl Montero Bustamante (1881-1958), de estilo atildado y rancia corrección, sensible evocador de personajes y ámbitos históricos. Mención especial merece Osvaldo Crispo Acosta (1884-1962), el recordado "Lauxar", muerto en plena clase luego de cuarenta años de profesorado, autor de libros de crítica concebidos para la enseñanza, cultor de la monografía al modo francés, de seria información, pero impermeable a toda expresión artística renovadora. José Pereira Rodríguez (1893-1965), Mario Falcao Espalter (1892-1941), Gervasio Guillot Muñoz (1897-1956) y Eduardo Dieste (1882-1954), dejaron también valiosos trabajos de crítica: Dieste, con su grupo **Teseo**, fue un culto divulgador de las corrientes artísticas y literarias nuevas.

LA DÉCADA DEL 30

Al llegar el año 30, muerto Batlle y desatada la crisis mundial, desvanecida en 1933, con la dictadura de Terra, la confianza en las estructuras liberales, el país empezó a descreer de su destino. Batlle había primero dejado sin asunto a los caudillos militares, luego a los intelectuales, reabsorbiéndolos o relegándolos, y finalmente a los mismos batllistas, al dejarlos espiritualmente inermes ante una situación que requería desconfianzas y reservas para las que no los predispuso. Se disolvió de golpe la confianza en el progreso. Tenía así que terminar el ciclo del crítico de benevolencia ubicua, sin que pudiera todavía surgir el intelectual independiente, alerta y removedor, desde que hacía años la situación lo había vuelto innecesario, pues todo iba bien y todos eran buenos, sin conflictos visibles. Comenzó así un interregno en donde se oían ya, en una tónica distinta, algunas voces aisladas. Empezaron a caer algunas "sombras sobre la tierra"; nace el solitario personaje de los relatos de Morosoli; muere, sin poder decir su palabra, el alambrador de Dotti. Se hace sentir la falta de un centro espiritual. No pudieron dárselo Torres García, pese a su fervor, ni Reyles, cuya iconoclastia en vano suavizaba sus iniciales asperezas. El grupo de la revista **Ensayos**, desde el Ateneo, agrupó en 1936 un núcleo independiente de cuidada valentía y calidad minoritaria, ajeno a los partidos, pero ajeno también a la generalidad. La especulación, lo "intelectual", estaba por ese entonces demasiado radiado del consenso general. No aparecían prácticamente revistas literarias. No había casi crítica. El connubio liberal-comunista se consumaba a expensas de veracidades demasiado importantes. Años de una "ilusión rosada" que se desteñiría del todo en el 40, con la formalización de la guerra. Empieza a surgir entonces el intelectual profesor. El auditorio, con la extensión de la enseñanza media, se va ampliando. Como anuncio de una predisposición nueva, revelando una capacidad sin precedentes de acendramiento crítico, aparecen los ensayos de Roberto Ibáñez (1907) sobre García Lorca y Bécquer. La personalidad del poeta orientaba en ellos la búsqueda del crítico. Una nueva conciencia parecía ya nacer en ese oscuro interregno.

VAZ FERREIRA SEGUN ZUM FELDE

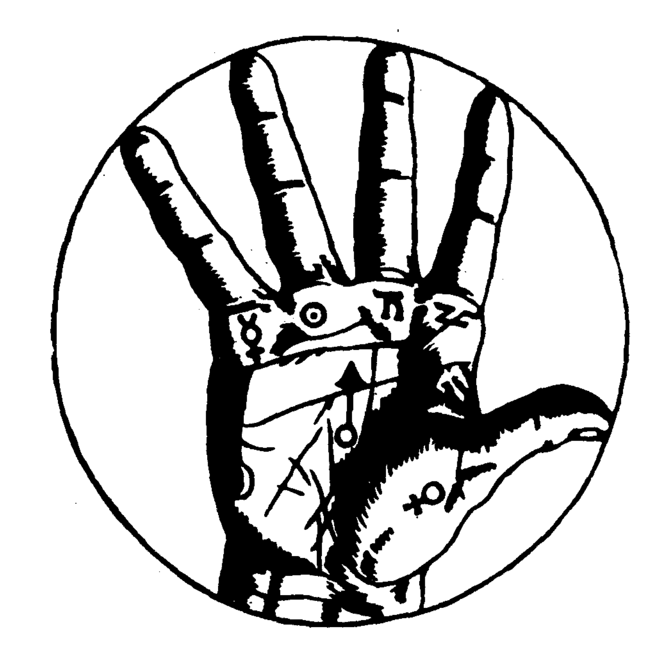
El Maestro de Conferencias de la Universidad de Montevideo, es el único tipo de filósofo puro que se haya producido hasta ahora en el Uruguay; y probablemente, en toda Hispano-América.

Hemos tenido, sí, en estos países, algunos escritores dotados de agudo talento y vasta cultura general, cuya obra versa sobre problemas éticos o sociales; ensayistas de corte literario, como Montalvo, Ingenieros o Rodó, para citar los más famosos. Pero el filósofo puro, no sólo consagrado por entero al estudio de los problemas específicos de la Filosofía, sino formado y sostenido dentro de sus disciplinas rigurosas, ése no se encuentra sino llegando a Vaz Ferreira; salvo algún nombre escasamente conocido que podamos omitir, y de ahí la prudencia del "probablemente" empleado.

La filosofía ha estado, en esta América, en manos de los literatos. Aún sigue, en general, estándolo. Se ha hecho aquí, no una filosofía de técnicos —por así decirlo— sino de aficionados; y nutrida, no del estudio arduo de las obras fundamentales, ni basada en el difícil dominio de los primeros problemas, sino de una filosofía ya pasada a su vez por la literatura, o, mejor, de una literatura filosófica, que tal es, —no más, no menos,— la de Renán, Guyau, Carlyle o Emerson.

Alberto Zum Felde. —
Proceso intelectual del Uruguay *(1930)*

BIBLIOGRAFIA BASICA



Ardao, Arturo — **La filosofía en el Uruguay en el siglo XX,** México, 1956.

Ardao, Arturo — **Introducción a Vaz Ferreira,** Montevideo, 1961.

Ardao, Arturo — **La voluntad de conciencia en Reyles,** Montevideo, 1962.

Ardao, Arturo — Prólogo a **Arte, estética, ideal,** de Pedro Figari (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos uruguayos, Nº 31), páginas V-XXXIV, Montevideo, 1960.

Ardao, Arturo — Prólogo a **Educación y arte,** de Pedro Figari (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos uruguayos, Nº 81), páginas VII-XXVI, Montevideo, 1965.

Ardao, Arturo — **Homenaje a Vaz Ferreira,** en "Marcha", Nº 907, 18 de abril de 1958.

Ardao, Arturo — **Korn y Vaz Ferreira,** en "Marcha", Nº 1041, 23 de diciembre de 1960.

Ardao, Arturo — **Arte y estética en Dewey y en Figari,** en "Marcha", Nº 1006, 29 de abril de 1960.

Antuña, Dimas — **Reyles en Israel contra el Ángel,** págs. 207-230, Buenos Aires, 1921.

Arias, Alejandro — **Vaz Ferreira,** México, 1948.

Cáceres, Esther de — Prólogo a **Teseo: los problemas del arte,** de Eduardo Dieste (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos uruguayos, Nº 43), págs. VII-XVIII, Montevideo, 1964.

Cáceres, Esther de — Prólogo a **La recuperación del objeto,** de J. Torres García (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos uruguayos Nº 75), págs. IX-XXX.

Cáceres, Esther de — **Evocación de Lauxar,** Montevideo, 1965.

Ceruti Crosa, Pedro — **Crítica de Vaz Ferreira,** Montevideo, 1932 (1a. Ed.), 1946 (2a. Ed.).

Claps, Manuel Arturo — **Vaz Ferreira,** Montevideo, "Número", 1950.

Claps, Manuel Arturo — **Planteo de Vaz Ferreira,** en "Marcha", Nº 895, 10 de enero de 1958.

Del Campo, Aníbal — **El problema de la creencia y el intelectualismo de Vaz Ferreira,** Montevideo, 1959.

Figari, Pedro — Catálogo de la **Exposición. Centenario de su nacimiento,** Biblioteca Nacional, Montevideo, 1961.

García Blanco, Manuel — **El pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira y Miguel de Unamuno,** en "Revista Nacional", Montevideo, Nº 198.

Gómez Haedo, Juan Carlos — **La crítica y el ensayo,** en *"Historia sintética de la literatura uruguaya" t. III,* Montevideo, 1931.

Llambías de Azevedo, Juan — **El ensayo filosófico: Vaz Ferreira,** en "Revista Nacional", Montevideo, Nº 3.

Lockhart, Washington — **Vaz Ferreira o el drama de la razón,** en "El Mundo no es absurdo", Montevideo, 1961.

Methol Ferre, Alberto — **Dos odiseas americanas,** en "Artes", Nº 2, agosto 1959.

Methol Ferre, Alberto — **La generación del Centenario,** en "Marcha", Nº 1066, 29 de abril de 1960.

Rossell, Avenir — **Vaz Ferreira y la taquigrafía,** en "Revista Nacional", Nº 200.

Roustan, Desiré y Miomandre, Francis — **Figari filósofo, pintor, poeta,** Montevideo, 1962.

Soto, Luis Emilio — **Zum Felde y la trayectoria del ensayo hispanoamericano,** en "Ficción", Nº 5, Buenos Aires, 1957.

Visca, Arturo Sergio — Prólogo a **Ensayos** de Carlos Reyles (Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos uruguayos, Nº 84), págs. VII-LXIV, Montevideo, 1965.

Weinberg, Gregorio — Bibliografía de **Indice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas,** de A. Zum Felde, en "Comentario", Nº 15, Buenos Aires, 1957.

En *CAPÍTULO ORIENTAL*

Nº 23.

POESÍA Y CAMPO: DEL NATIVISMO A LA PROTESTA

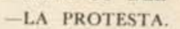
y junto con el fascículo, el libro

POEMAS NATIVOS Y ROMANCES,

de Fernán Silva Valdés.

Indice

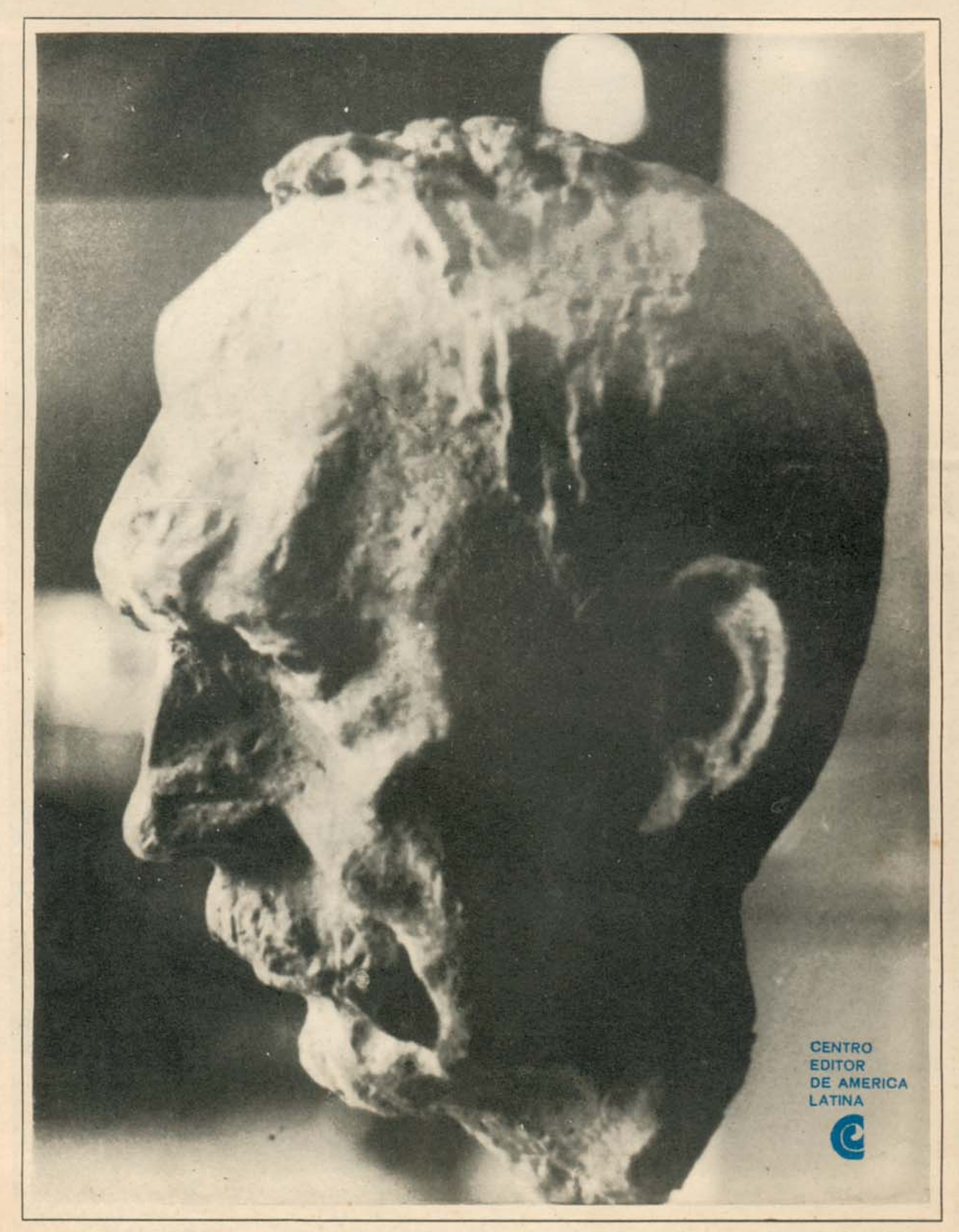
—EL AMBIENTE.
—POESIA Y CAMPO.
—CAMBIOS DEL NATIVISMO.
—LA PROTESTA.



Joaquín Torres García, fotografía de Mandello.

Este fascículo, con el libro
FERMENTARIO, de Carlos Vaz Ferreira,
constituye la entrega N.° 22
de CAPITULO ORIENTAL

Precio del fascículo más el libro: $ 100.-



Carlos Vaz Ferreira por el escultor Eduardo Yepes.

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en Impresora Rex S. A., calle Gaboto 1525, Montevideo, en setiembre de 1968.
Comisión del papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.